

je propio, olvidado de los terminachos que se le caían de la boca a Donoso y que él recogía. Habló con el corazón, narrando las alegrías de padre, las amarguras de la enfermedad que le arrebató su esperanza (75).

Galdós nos ha ido presentando la sociedad y la política de su época a través de su lenguaje y de sus palabras. Palabras y frases hechas, musicalidad y retórica queda vibrando en torno al XIX. Los sagrados principios, las ideas venerandas, la Justicia, la Libertad y el Honor, quedan a la postre convertidos en eso: palabras en la boca de todos.

El autor, desde dentro o desde fuera de su obra, nos ha ido exponiendo su pensamiento más o menos claramente: No son palabras ni fórmulas lo que necesitamos, sino acciones nobles. Galdós hablará por la boca de León Roch: "La honra verdadera no consiste en formulillas que se dicen a cada paso para escudar debilidades y miserias, se funda en acciones nobles (76).

(75) "Misericordia" (Aguilar V.) 1922.

(76) "Torquemada en la Cruz" (Aguilar V.) 967.

EUROPA A LA VISTA

Naturaleza y desarrollo histórico de la nación austriaca *

Por ENDRE V. IVANKA
Profesor de la Universidad de Graz

Si resulta clara e inequívoca la definición del carácter nacional austriaco, no parece, en cambio, tan fácil precisar el concepto de una nación austriaca independiente. El francés, el inglés, el italiano, pertenecen a su unidad nacional en virtud de su propia lengua entendida como unidad lingüística. En el caso del austriaco es menester recurrir siempre al ejemplo del americano, que, aun cuando habla inglés, no es precisamente un inglés, o al suizo de lengua alemana, que, sin embargo, se siente suizo y no alemán. Así como ciertamente ningún americano desearía ser inglés, o albergaría dudas acerca de la validez del propio carácter de americano, en cambio gran parte de los problemas y de las fatalidades de Austria a partir de 1918 han de precisarse en la carencia de fe en la autonomía austriaca por parte de muchos austriacos (aunque tal vez no tantos como se ha querido afirmar), que se consideran austriacos y quieren ser alemanes. Se ha caracterizado tendenciosamente la autonomía estatal austriaca con la expresión "un Estado de mala gana". De todas maneras el austriaco se diferencia en esto, por ejemplo, del italiano: mientras en el italiano la conciencia de la unidad nacional tiene valor de prioridad respecto al organismo estatal, pues de aquélla deriva su origen, en el austriaco la conciencia nacional, allí donde está presente, se funda sobre la conciencia del organismo estatal y de la misión particular que corresponde al Estado. Así se revela una propiedad totalmente característica del alma austriaca, algo que el verdadero austriaco advierte como propia

* El presente estudio ha sido traducido de la Revista "Humanitas", ed. Morrelliana, Brescia. Año X, abril, 1955, n.º 4, págs. 339-358.

contribución particular a la totalidad de la cultura europea, como valor que también las otras naciones deben comprometerse a mantener. Por muy pequeño que actualmente sea este Estado —estima el auténtico austríaco— realiza un principio en su organismo estatal, en su característico planteamiento político, que, precisamente porque no representa una conciencia nacional como los otros, posee hoy, frente a los demás Estados, significado ejemplar. Parece hasta superfluo considerar, por consiguiente, a este pequeño Estado como el corazón de Europa, como el puente que une el Este y el Oeste, el Norte y el Sur de Europa, no sólo en el sentido geográfico (lo cual es indiscutible), sino también en sentido espiritual. El austríaco afánase de que la comunidad europea fracasaría si al gozne de la polaridad europea, que representa esta pequeña Austria, se le privase de autonomía y por tanto, de su función mediadora. Aunque parezcan exageradas y excesivas estas pretensiones y tal conciencia de la propia misión, se expresa, sin embargo, en ellas, una vez más, la singularidad de la conciencia política y de la sensibilidad nacional del austríaco, que sólo se puede justificar históricamente.

Algunos austríacos bien intencionados han creído cooperar en los últimos años a la intensificación de la conciencia nacional austríaca, colocando en un lejano pasado, exactamente en la época prehistórica, los orígenes de la autonomía austríaca. Se citan a este fin el reino norico autónomo (que antes de la penetración romana en los valles alpinos tenía casi los mismos límites que la Austria moderna), el fundamento racial de la población alpina (cuyo carácter dinárico y alpino constituiría elemento esencial diferenciador del tipo austríaco del nórdico alemán), etc. Prescindiendo del hecho que argumentos semejantes se apoyan, de forma inquietante, en medios lógico-típicos del racismo germánico, tan lejano del carácter austríaco, en la medida que presentan factores espirituales, como la individualidad nacional, la cultura y los usos e incluso la mentalidad y el carácter, como determinantes de las relaciones de sangre (pues tan eficazmente actúa todavía el impacto del esquema lógico nacionalsocialista que repercute hasta sobre quienes pretenden combatirlo), también la mayor parte de los austríacos rechazan una formulación del carácter austríaco de tono tan doctrinario. Cualquiera admitiría que Austria posee carácter propio e individual, pero no podrá ignorar el hecho real que desde el punto de vista étnico-racial los austríacos proceden de los germanos y su determinación individual no se puede realmente reducir a relaciones raciales, ni es posible fundar sobre elementos históricos que no pueden haber llevado a la formación de una conciencia nacional austríaca, que subsistió desde la época pre-romana, frente a siglos de colonización bávara sudgermánica y de comunidad étnica alemana. No hay que incurrir, sin embargo, en el extremo opuesto, como hacen no sólo los austríacos, que sostienen el principio de anexión a Alemania, sino además, muchas descripciones defectuosas del pro-

blema austríaco presentado por los historiadores extranjeros. Se suele plantear el desarrollo histórico de Austria como si hasta el siglo XIX hubiese sido parte de una "Alemania", cuya historia concíbese totalmente como la de cualquier Estado nacional, y sólo en 1866 se escindió de Alemania y desde este momento en adelante hubiese tenido una historia propia (muy breve). Todas las observaciones acostumbradas, germano - nacionalistas, esgrimidas contra el desarrollo autónomo de Austria (y los contactos políticos y culturales con Italia y la región del Danubio, las relaciones de los Países Bajos con España, etc.), tienden a reprochar a los austríacos la anomalía de un desarrollo lejano de la influencia alemana y condicionado exclusivamente por relaciones dinásticas; y la historiografía prusiana obtiene de ello, o mejor, repite en pasiva la formulación; cuando finalmente, en el siglo XIX, la nación austríaca se nos presenta diferenciada de modo inequívoco y definitivo de Alemania, ya no aparece como sólido organismo producido por una íntima necesidad, sino como resultado casual de una política dinástica basada en los matrimonios y en el poder de una raza, con el alejamiento consiguiente del germanismo condicionado por tal situación y destinado a comprometer su carácter étnico específico. Es natural que semejante perspectiva no permita un juicio objetivo de la ulterior evolución austríaca desde 1866 hasta 1918, y deba acabar considerando como "desarrollo imparabile" y "necesidad histórica" la anexión de Austria a Alemania. Los buenos austríacos no pueden perdonar a las naciones extranjeras el haber expresado juicios análogos frecuentemente con motivo de los sucesos de 1938. El odio contra la vieja Austria, que se manifestó en la política de los tratados de paz de 1918, ha favorecido la interpretación histórica que se complacía en presentar a toda la monarquía danubiana como resultado inorgánico de una política dinástica hegemónica; todos aquellos argumentos que un organismo prusiano nacionalista había activado contra Austria y su capacidad para la autonomía fueron frecuentemente adoptados sin distinciones precisamente por quienes en sí y por sí eran los enemigos más encarnizados de tal nacionalismo prusiano-alemán, y se llegó así a producir una atmósfera, dentro de la cual no podía existir la comprensión del problema austríaco que era de gran alivio para quien negaba a Austria autonomía y valor propio, por encima de cualquier simpatía sentimental superficial por Austria, como "país del turismo extranjero" y como "tierra de los sombreros tiroleses y de los vales vieneses".

Una curiosidad complacida, o un interés condescendiente por todos los aspectos más superficiales del espíritu austríaco, unidos a la aceptación acrítica de todos los juicios que ponían en duda el fundamento específico y la validez misma de la existencia de este espíritu; a estos aspectos se reducía en sustancia la actitud del extranjero frente a la nación austríaca.

Austria, es verdad, procede de Alemania; si consideramos el Medioevo, constituía un miembro de aquella comunidad de estirpes que juntamente formaban el concepto de "Alemania", no de "nación alemana", porque cuanto más atrás retrocedamos en la historia, tanto más comprobamos que el individuo se siente sajón, franco, bávaro, no "alemán", y es significativo que antiguamente no se hablaba sólo de "Alemania", sino también, y con idéntica frecuencia, de "regiones alemanas", con evidente alusión al fenómeno mediante el cual cada una de las individualidades raciales y territoriales se reducía a una misma comunidad. Incluso la estirpe austríaca y la unión de las regiones austríacas llegaron muy pronto a diferenciarse claramente dentro de los límites de esta totalidad (la formación del ducado (1156), fué el reconocimiento externo de este hecho, ya que generalmente la creación de los ducados y la individuación de las estirpes vienen a coincidir; así ocurrió en Sajonia, Franconia, Suabia, Baviera, etc.); originariamente Austria pertenece a esta comunidad. No es verdad que únicamente, en 1866, Austria se hubiera separado de Alemania e iniciase su evolución particular, y también si queremos referirnos a 1806 (la disolución del antiguo imperio romano-germánico) o el conflicto entre la Austria de María Teresa y el nacionalismo militarista de la Prusia de Federico II, tendremos siempre una determinación cronológica tardía. Tampoco parece completamente justificado presentar el proceso evolutivo de Austria fuera del ámbito germánico (en sentido antiguo) en la perspectiva de una escisión de Austria de Alemania, de *aquella* Alemania que a continuación se afirmó y que habría debido existir con la misma fisonomía antes de la escisión austríaca. Podría hablarse más bien de una escisión de Alemania, ciertamente no de Austria (lo cual significaría trastocar los hechos), sino de su ideal primitivo y de su misión específica, que solamente ha quedado viva y consciente en Austria.

Uno de los errores más graves en que incurre la crítica de las relaciones políticas medievales consiste en transferir indebidamente a las relaciones políticas de los siglos anteriores nuestro concepto de Estado nacional tal como lo acuñó el siglo XIX; el nacionalsocialismo se aprovechó de este equívoco, intentando configurar la idea imperial de Medioevo, como si este "imperio" hubiese sido un Estado nacional alemán.

Ya el entusiasmo de la historiografía nacionalista alemana del siglo XIX por los Hohenstaufen y las comparaciones del "segundo imperio" (de 1870) con el "primer imperio" (el romano-germánico tal como venía definido aun cuando en la Edad Media el imperio mismo se atribuye sólo la apelación de romano) han preparado el terreno para este equívoco, que luego fué conscientemente participado por el nacionalismo no alemán y hasta por el nacionalismo anti-alemán. Solamente la época moderna, convencida de la necesidad de relaciones supranacionales y de instituciones políticas fundadas

exclusivamente sobre una conciencia supranacional de la justicia, puede todavía comprender en que consistió el "Imperio nacional" medieval, o al menos que es lo que quiso ser: es decir, una potencia política desvinculada de los intereses nacionales y de los particularismos regionales, a quien correspondía la tarea, como suprema e imparcial autoridad jurídica, de garantizar la validez de los principios de derecho y orden universalmente reconocidos. En este sentido, fué reconocido valor de potencia supranacional y universal en la tardía antigüedad, al Imperio romano por Claudiano, que definió a Roma como "la madre común del género humano que abraza a todos los pueblos en el mismo modo, a quien se debe que todos puedan sentirse como un solo pueblo, y a que beban el agua del gálico Ródano o la del siríaco Oronte"; también Osorio considera uno de los méritos principales del imperio romano haber permitido a quien llegue a cualquier tierra extranjera participar del mismo orden jurídico y de la misma consideración humana, de manera que se siente a la patria en todas partes. Estos valores son los que solamente han readquirido verdadera comprensión. En qué medida tal conciencia de una "romanidad" común, de una común tradición cultural (incluso cuando el vínculo político hubiese dejado de existir) haya contribuído a la formación de una conciencia común europea, no ha escapado a la sensibilidad de nuestro tiempo, que nuevamente se ha propuesto el problema y el fin de semejante sentido de solidaridad como fundamento del mundo cultural occidental y de la humanidad en general; mientras los últimos siglos pasados, que todavía vivían en esta común unión europea, planteaban la cuestión como si solamente hubiese existido siempre cada una de las individualidades étnicas y se les hubiese confiado en último análisis la evolución humana y la salvaguardia de todo valor cultural. En realidad, el "imperio medieval" fué heredero de este ideal de una potencia jurídica superior y universal y el germanismo encarnó solamente este ideal, como a su tiempo lo había encarnado Roma (por lo demás nunca el germanismo asumió como tal esta tarea, sino solamente en cuanto estaba asociada a la corona alemana la lombardo-italiana del "reino de Italia", porque basándose en la concepción medieval la posesión de Italia confirma el derecho a la dignidad imperial. Es natural que sólo raramente se pudo servir con toda pureza misión tan ideal, y era inevitable que una potencia tan universal, aunque principalmente investida del oficio de árbitro sobre todo el mundo cultural (y en el medioevo significaba esto sobre toda la cristiandad) pudiera convertirse en instrumento de fines nacionalistas y de aspiraciones políticas particulares. Existe una profunda lógica histórica en la postura crítica de la historiografía alemana del siglo pasado que considera como épocas caracterizadas por una política irreal y fantástica, y hasta llenas de consecuencias deletéreas para el interés nacional alemán, precisamente en aquellos períodos en los cuales el

reino alemán aspiraba a cumplir concretamente las obligaciones implícitas en la misión imperial (como, por ejemplo, la época de Otón III); mientras los períodos en los que se adoptaba la atrayente dignidad imperial como pretexto para explicar una política imperialista, eran celebrados como épocas de verdadero esplendor del "imperio medieval"; por ejemplo, la época de los Hohenstaufen, sobre cuya política se proyectó también con procedimiento antihistórico, la consciente sensibilidad nacional alemana, propia de la mentalidad corriente en el tiempo de tales historiadores. Hoy día es innegable que en la misma medida en que el germanismo se preparó para constituirse en Estado nacional (como, a partir del siglo XV, hacen también otros Estados) se alejó de la conciencia de su misión medieval (y a esto contribuyó, naturalmente, de modo sustancial, también el hecho de que con la difusión del protestantismo decaía en gran parte de Alemania el impulso espiritual constituido por el Catolicismo, el único fundamento entonces pensable de un universalismo europeo). La conciencia de esta misión permaneció viva en Austria, queriendo adscribir el nacimiento de Austria a una simple casualidad de orden político dinástico, se podría reconocer el origen de tal estado de cosas en la circunstancia "casual" que los señores austríacos eran entonces poseedores de la dignidad imperial. En todo caso, esta circunstancia sirvió para mantener viva en el espíritu austríaco la comprensión por el ideal de una comunidad supernacional fundada sobre la justicia en un tiempo en el cual, en Alemania, el antiguo ideal imperial iba decayendo en favor de un nacionalismo que degeneró en seguida en el particularismo de los principados nacionales, tendentes progresivamente, como comunidades circunscritas de intereses, a escindirse del poder central; entre ellos debía luego adquirir cada vez mayor poder Prusia, que representó un nacionalismo original dinámico de entonación militar. Ya no es cierto el caso de que Austria (es decir, en un primer tiempo: la potencia dinástica de un imperio que sólo, en medio de una Alemania orientada hacia el particularismo y el nacionalismo, mantenía la fe en los ideales universales) se haya convertido en el centro de cristalización de una nueva comunidad supernacional de los pueblos del valle danubiano, porque en estas regiones extremas de la comunidad europea, amenazadas por el peligro turco, las miradas de todos debían converger sobre la única potencia que todavía conservaba vivo el ideal de una unión universal y supernacional de los países cristianos europeos. Así surgió la "gran Austria" que comprende desde 1526 a 1918, cuyo período de esplendor está representado por las guerras turcas de fines del XVI y de principios del XVIII, es decir, el período en el cual esta comunidad de pueblos cristianos, que había trasplantado en distinto territorio alemán el genuino ideal imperial de la Edad Media, abandonado y traicionado por Alemania, aseguró ese territorio frente a las amenazas exteriores y lo unificó también espi-

ritualmente en el interior con la difusión de una cultura común supernacional fuertemente impregnada de los ejemplos italianos y latinos.

Un elemento cultural esencial, que contribuye a determinar el *habitus* espiritual del austríaco, el barroco animado y realista, pomposo y vivo, rico de música y de representaciones teatrales, traiciona una impronta predominantemente italiana, y extiéndose entonces a las manifestaciones extremas y más populares de la vida cultural austríaca, al arte de los grabados en madera, que florecía en las desperdigadas aldeas alpinas, como en el primitivo teatro popular, que junto con la música (y aquí también podemos encontrar una línea particular de la cultura barroca) tiene el mismo valor incisivo sobre la formación cultural del pueblo en el siglo XVIII que en otra parte ejerce la literatura popular. Creaciones artísticas que hoy admira todo el mundo, como la "Flauta Mágica", de Mozart, nacían de esta tradición del teatro popular austríaco en la época barroca. Pero el mismo ambiente cultural domina también en los otros pueblos de la nación. Vinculada en el contenido a los cantos heroicos croatas, influenciada decisivamente en la forma por Virgilio y Tasso, y sin embargo, inmersa en una atmósfera declaradamente popular, surge entonces la primera gran epopeya magyar, como celebración de lucha común de la Cristiandad contra la amenaza turca. Los mismos extremos de esta comunidad cultural están representados y se relacionan: el poeta de Ragusa canta en la primera epopeya significativa de lengua eslava meridional, poseída por el espíritu de la épica latina e italiana, la victoria conseguida por Polonia, aliada del imperio cristiano del Danubio en la lucha contra el imperio de la media luna, exaltándola como acontecimiento de interés común para la comunidad supernacional cristiano-europea. Ciertamente, los otros pueblos que pertenecían a la unión danubiana jamás se han identificado con el austríaco. Aportaron su fisonomía nacional, sus aspiraciones de autonomía y sus ideales políticos, intentando hacerlos válidos en tal ámbito. El pueblo austríaco, meollo y centro de cristianización de esta comunidad, realizó su íntima vocación y su misma naturaleza propia para su servicio; así surgió la conciencia nacional austríaca en su impronta característica: no como conciencia nacional en el sentido normal de la palabra, sino como conciencia estatal, es decir, como conciencia de formar parte de un Estado que con plena convicción pone sustancialmente por encima de la dudosa función de un Estado nacional, una estabilidad objetiva, el derecho supernacional a ser expresión organizada del querer colectivo de una comunidad de naciones.

Se trata también aquí de un ideal del que se puede abusar fácilmente, al servicio de fines egoístas, pero que, al menos como principio, debe siempre reconocer la prioridad del derecho frente al interés nacional particularista y la validez de normas y ordenamientos supernacio-

nales y universales; debe, por tanto, conservar algo del espíritu en el cual se inspiró la idea imperial medieval, tan útil todavía hoy a la humanidad, aunque bajo formas diferentes. Tal ideal está, sin embargo, amenazado siempre por la afirmación progresiva del nacionalismo y por su identificación con la mentalidad general. Al principio, la amenaza dirigida a esta unidad supranacional católica por el temprano nacionalismo prusiano tuvo eficacia unificadora, del mismo modo como solicitó el movimiento de alejamiento, cada vez más sensible, de la Austria católica y universalista del germanismo nacional y particularista (época de María Teresa). Pero el intento desgraciado de José II de dar a Austria una cultura nacional (en sentido ilustrado) confiriendo una posición de privilegio político y cultural, dentro del ámbito de toda la monarquía danubiana, a los austríacos de lengua alemana, provocó el nacionalismo de los otros pueblos, checos, magyares, eslavos del Sur, y contribuyó a producir, incluso entre los austríacos de lengua alemana, un nacionalismo extraño al espíritu austríaco, inspirado en el alemán. La circunstancia de que el organismo estatal austríaco en su totalidad fué también conservador y legitimista (Metternich) movilizó también las fuerzas del liberalismo, entonces tan potente, no sólo contra el Estado austríaco en su concreción, sino también contra la conciencia estatal austríaca, en general contra la sensibilidad austríaca supranacional y universalista, que parecía un anacronismo en aquellos tiempos. Las fuerzas centrífugas ya implícitas, independientemente de esto, en los movimientos autonomistas de los magyares y de los eslavos fueron acentuadas por una tendencia disgregadora que actuó sobre el mismo espíritu austríaco, que se llamó primero "gran-alemana", luego "nacional-alemana", hasta que desembocó, casi íntegramente, en el nacionalsocialismo. Se definió "gran-alemana" —en las discusiones relativas a la nueva configuración de Alemania, después de la disolución del antiguo imperio germano-romano y posterior a las guerras napoleónicas— una concepción de la Constitución alemana que no excluía de Alemania a Austria (como, en cambio, pretendía la concepción pequeño-alemana prusiana), pero confiaba a Austria el predominio sobre el suelo alemán. Es poco conocido que la elección de la melodía del himno popular austríaco como canción alemana del movimiento nacionalista de entonces era muy significativa respecto a esta solución "austríaca" del problema alemán, y por eso esta canción fué prohibida en Prusia. Semejante concepción "gran-alemana" habría sido también conciliable con la conciencia de la misión supranacional específicamente austríaca, y lo fué, en efecto, para muchos representantes de aquella época. Del deseo de una supremacía de Austria en territorio alemán surgió cada vez más viva, en el austríaco de lengua alemana, la exigencia de una aproximación al germanismo, que pudiese conjurar el peligro de una progresiva asimilación del espíritu austríaco al eslavo y magyar,

peligro, por tanto, de desnacionalización; pareció de menor valor, desde un punto de vista nacionalista, servir a un ente estatal supernacional. Así, los austríacos se extrañaron, cada vez más, de la misión supernacional de Austria e incurrieron en un nacionalismo que no les indujo a sobreestimar lo que les era propio, como es normal en cualquier nacionalismo, sino que les movió hacia una corriente ideal de la que hacía tiempo se habían alejado y que no encuadraba con su propia naturaleza: el nacionalismo alemán. Corresponde de manera específica a la complejidad del problema austríaco el hecho que en Austria el término "tendencia nacional" significa "tendencia anti-austríaca". Pero el oscurecimiento de la conciencia austríaca debía precipitar el ocaso de la unión supernacional que estaba fundada sobre tal conciencia, tanto más que el austríaco de sentimientos "nacionales", es decir, "alemanes-nacionales", en un primer tiempo no apuntó, realmente, a Alemania, sino, según las ideas de José II, a una supremacía del germanismo liberal en Austria sobre las otras naciones; esto no respondía a criterios de justicia en las relaciones con estas naciones y debía ensanchar el abismo que ya había abierto el nacionalismo en ambos lados. Los austríacos de antigua especie que hablaban en favor de la igualdad de los derechos de las naciones, fueron clasificados como filoeslavos, clericales, feudales o revolucionarios.

Abrumados con tantos complejos problemas, el austríaco en 1918 se vió de improviso solo, desprovisto de fuerzas, en un pequeño Estado al que le negaban capacidad de autonomía hasta en el campo económico. No habría sido para asombrarse si la conciencia de su misión supernacional y la particular concepción estatal austríaca, que tiende a ver en el Estado, no la encarnación de la comunidad nacional, sino la realización del derecho objetivo, no se hubiese mostrado suficientemente fuerte al fin para desviarle de la unión con Alemania. La consideración de entrar a formar parte de una unidad económica más grande y de una potencia política de mayor importancia, habría podido fácilmente dar cuenta de todos los escrúpulos que la diversidad del carácter étnico, de las tradiciones culturales y de la completa concepción de vida suscitaban. El hecho de que no haya ocurrido así y que incluso la voluntad de independencia de Austria se reforzó tanto más cuanto menos prácticamente válida se hacía, con el transcurso del tiempo, una prohibición internacional sobre la anexión (¿quién hacia 1930 habría entorpecido la unión voluntaria de Austria a Alemania, cuando ni siquiera se intentó impedir la anexión por la fuerza realizada por Alemania?) revela cuánta energía poseía aún el carácter sustancial austríaco. Precisamente, frente al nacionalsocialismo, la forma extrema del nacionalismo alemán, la conciencia de la particular fisonomía austríaca y de su capacidad de autonomía se elevó al más alto valor. Cuando la resistencia se hizo desesperada, confiada únicamente a sí misma después del abandono de las demás potencias, Austria cedió sólo ante la fuerza. Los años

de unión con los alemanes, que el auténtico austríaco advirtió como sumisión al dominio alemán, han reforzado hasta en el austríaco de sentimientos nacionalsocialistas la convicción de una fisonomía austríaca perfectamente individualizada —frecuentemente la reacción sentimental al tratamiento irrazonable que la supremacía alemana reservaba a los asuntos austríacos desmintió su convicción en una “unidad alemana”—. Las condiciones que Austria “liberada” debió sufrir después de la guerra (más opresoras frecuentemente que las impuestas a otros países, que entraban verdaderamente en el número de los vencidos, porque aquí, según el antiguo destino austríaco confluían todas las antítesis de intereses entre Este y Oeste) no eran exactamente favorables para la vigorización de la conciencia austríaca. Muy pocos austríacos creen poseer en su fisonomía austríaca diferenciada, en su concepción estatal supernacional, en su capacidad para vivir juntos con otras naciones, adquirida por siglos de experiencia, un valor que podría representar precisamente hoy que se ha reconocido la necesidad de un acuerdo internacional, la piedra angular indispensable de una nueva Europa, de un mundo nuevo. No es que todos sean de tendencia alemana-nacional o fautores de la anexión (existen, naturalmente, pero no en tan gran número como se oye hablar en tono de reproche o con mala intención), la mayoría es simplemente indiferente. Es necesario una educación de la conciencia austríaca, una educación que haga consciente cuanto en todos, pese a lo que ha sido y a pesar de las dificultades presentes, está aún vivo inconscientemente y continúa manifestándose espontáneamente, con frecuencia precisamente donde menos se esperaría.

II. *Relaciones con las naciones vecinas.*

Esta problemática interna de Austria determina también las relaciones con las naciones vecinas y de manera mucho más decisiva de lo que sucede generalmente en las otras naciones, tanto que los distintos matices de una posición conscientemente austríaca o anti-austríaca condicionan de vez en cuando también el comportamiento y la postura frente a las naciones vecinas. El austríaco “nacional-alemán” quiere ser alemán e intenta convencerse que no advierte entre sí y los alemanes diferencia alguna en el carácter nacional, en la mentalidad, en el temperamento— a lo sumo, afirma, se trata de distinciones regionales y raciales, presentes en todas las naciones. Pero debe experimentar siempre el mentís de su misma reacción sentimental, que le convence (si consiente en ser conducido, y no insiste por amor de la teoría sobre su tesis de la unidad de la nación) que nada contrasta más con la naturaleza austríaca, con la cultura austríaca y con todas las tradiciones en las cuales creció, que el nacionalismo alemán en todas sus manifestaciones.

Por otra parte, el más agudo (y a veces igualmente doctrinario) propugnador de la tesis de una nación austríaca dotada de propia fisonomía desde los tiempos del reino norico no puede ocultarse el hecho de que el austríaco se siente vinculado culturalmente a Alemania. Se hacen, efectivamente, en la actualidad intentos tanto en la enseñanza como en el campo histórico-literario, para aislar completamente la evolución austríaca de la alemana y para estudiar el desarrollo cultural alemán, conjuntamente con todos los demás: francés, italiano, inglés, ruso, como algo "extranjero", y para reforzar por este camino la conciencia nacional austríaca. Es muy significativo para la situación cultural y para la historia del espíritu de Austria, notar en cuáles campos sea posible semejante discriminación y en cuáles no. Lo es sin duda, en el campo de la arquitectura, de las artes figurativas y del teatro; ciertamente también dentro de los límites en que es lícito afirmarlo, dada la reciprocidad universal e internacional de los influjos que dominan en la vida musical, también en lo que se refiere al origen de la música clásica austríaca, pero seguramente no es posible en el campo de la literatura. A pesar de todo independiente orgullo de su conciencia nacional, el americano advertirá mucho más cerca de su sensibilidad a Shakespeare y Milton que a Corneille y Tasso. Del mismo modo, el suizo alemán, pese a su sentimiento nacional suizo, estará más íntimamente vinculado a la literatura de lengua alemana que a cualquier otra literatura, igual que el suizo francés a la francesa. La afinidad cultural del valón con Francia, del flamenco con Holanda, no servirá a alguno como argumento para discutir la autonomía del espíritu belga. Sin embargo, actúa también en nuestro caso un elemento, que ciertamente está muy lejos para permitir separar el desarrollo literario austríaco del alemán y atribuirle un proceso totalmente autónomo, pero que señala, de todas formas, un confín evidente entre la creación literaria austríaca y la alemana: trátase del hecho que la literatura austríaca, precisamente en sus representantes más significativos, no sigue puntualmente el ritmo del desarrollo literario alemán, sino que hállase frente a aquél en una, por decir así, oposición dialéctica que corresponde a la diversidad del carácter nacional, del planteamiento cultural y de la concepción de vida. La "catolicidad" del austríaco (entendida no sólo en sentido confesional, sino como mentalidad universalista, tendente al universal humano) se opone al "nacionalismo alemán". No examinaremos ciertamente en este campo el fenómeno en sus particularidades y bastará citar un ejemplo. Formalmente es posible considerar a Grillparzer, como el máximo dramaturgo antiguo, como un epígono del drama alemán clásico; pero considerando el espíritu que informa sus dramas, no se puede por menos subrayar que, precisamente en el período en el cual la literatura alemana (el primero de todos Hebbel, el dramaturgo alemán representante del siglo XIX) exalta al hombre de acción y su poder (es la línea que a través de Wágner conduce a Nietzsche y a la glorificación

alemana de la "ética heroica"), en la mayor parte de sus dramas representa precisamente la tragedia del ciego hombre de acción frente a la tímida sumisión a las leyes eternas de la naturaleza y del uso (*Traum ein Lebe, König, Ottokar, Bruderzwist*), conforme al espíritu de su palabra (en una carta al archiduque Maximiliano, mayo, 1850; "La humanidad más alta se alcanza mediante el olvido de sí mismo frente a lo que es eterno, justo, verdadero). En el fondo de esta oposición dialéctica está otro austríaco, el comediógrafo Nestroy, que con una ironía inexorable y una burla mordaz, desenmascara la íntima vaciedad del payaso hebbeliano Holofernes. El mismo Hebbel reprochó a Stifter, el prosista más importante austríaco, no saber dar vida a nada grande; a Stifter, que en el prólogo de su selección de novelas "Bunte Steine" escribía: "Considero grande a toda una vida llena de justicia, de sencillez, de autosuperación, de racionalidad, de actividad dentro del propio ámbito, de admiración de la belleza, unida a una muerte serena y plácida; las violentas emociones del espíritu, la furia terrible de ira, la ansia de venganza, el espíritu inflamado disparado a la acción, que altera todo, cambia, destruye y en su excitación frecuentemente arrebató su propia vida: todo esto no lo considero muy grande, sino demasiado pequeño". Estas dos concepciones están separadas por un abismo, y difícilmente se ha expresado en términos más claros la naturaleza austríaca; sin embargo, esta oposición dialéctica se desarrolla dentro del ámbito del mismo clima cultural, del mismo desenvolvimiento literario, del cual puede prescindir muy poco el desarrollo literario austríaco, como la respuesta no puede prescindir de la pregunta y la objeción de la afirmación (En el caso de Hebbel, la relación de reciprocidad es todavía más evidente en cuanto que la oposición se desarrolla precisamente en Viena, donde había llegado Hebbel, como Laube Brahms y otros alemanes). Así, el carácter austríaco se opone al germanismo nacionalista —pero en el clima de una vida espiritual común. Esto condiciona también su postura ante los valores culturales alemanes. Allí donde éstos tienden a un humanismo de validez general y apertura universal, el austríaco los advierte decididamente como su propia posesión cultural (piénsese sólo en la importancia que un Goethe tiene para Grillparzer y para Stifter). Pero un germanismo nacional y autosuficiente, que se transfigura románticamente y adopta posturas populares, parece extraño al austríaco que considera al alemán del litoral, orgulloso de su naturaleza rígida, mucho más extranjero que un polaco o un italiano. Por esto es menester comprender bien qué significa si de un lado Grillparzer revélase austríaco consciente en todas las manifestaciones relativas a cuestiones políticas, éticas y culturales, y por otra parte, y precisamente respecto a sus relaciones con la cultura alemana, se califica alemán. No se pueden pasar en silencio expresiones semejantes, y menos interpretarlas falsamente. Ellas declaran una conexión con todos los valores culturales alemanes capaces de

asimilarse la mentalidad austríaca humanista y universal. Una conexión que permite al austríaco considerar tales valores culturales como valores de la propia cultura, que no pone por esto límites al carácter específicamente austríaco de esta sensibilidad cultural, sino que lo refuerza. Así sucede también en la vida cotidiana, en el contacto real con el vecino alemán. Al austríaco no se le ocurrirá negar que habla alemán aunque el vecino alemán a veces no lo comprende y no lo da a entender). Pero si el huésped nórdico revela propiedades completamente ajenas a la naturaleza austríaca, cierto carácter selvático, una conciencia de sí mismo que parece presunción al austríaco, porque va frecuentemente acompañada por un juicio de condescendiente suficiencia hacia este débil, frívolo, superficial e incapaz austríaco, es algo que al austríaco parece fácilmente falta de buen gusto, una franqueza simple y abierta, que cambia fácilmente por deficiencia de tacto (como sucede con frecuencia que, por ejemplo, el alemán positivo y puro del Norte se asombra de las formas de cortesía caballerescas-romanas de Austria), entonces puede producirse repentinamente una atmósfera de fría separación o de sarcasmo mordaz, que raras veces provoca el austríaco, frente a cualquier otro extranjero. Las diferencias de naturaleza se manifiestan de manera muy sensible, a pesar de la comunidad cultural y lingüística, y el austríaco advierte que una experiencia común, una sensibilidad común, una historia común y una concepción de vida adquirida en común, le vinculan más íntimamente a aquellos pueblos limítrofes de los cuales les separa solamente la barrera del idioma, los pueblos que durante siglos compartieron los destinos de Austria y los otros vecinos de la cuenca danubiana. La comunidad cultural que surgió de aquella no se basa en diálogos espirituales o en la formación literaria, sino en una comunidad de ritmo de vida y de usos, a partir de la configuración de la vida social y del cuadro cultural, en que se agota la vida cotidiana, hasta la postura crítica frente a cuestiones referentes al tacto, el comportamiento humano y las leyes no escritas que regulan la vida en común de los hombres, por encima de todas las barreras de las discriminaciones nacionales y sociales. La eficacia excepcional del influjo ejercido por el mundo cultural austríaco del barroco y Biedermeier en la formación de la vida cultural y social de estos pueblos, determina que el austríaco en estos países se sienta afectado continuamente por una cantidad de elementos que le recuerdan la tierra natal, a partir de las estructuras arquitectónicas hasta las formas del comercio social, a pesar de la diversidad de lenguas y muchas veces del pensamiento político; esta impresión desaparece inmediatamente si se atraviesan los confines de la antigua monarquía danubiana. Se puede, por lo tanto, trazar un límite claro, por ejemplo, en Polonia, que marca, para muchas cuestiones relativas a la configuración de la vida y de los usos, una distinción neta entre Galizia anexionada antes a Austria y el resto

de Polonia; hay allí muchos elementos que separan no sólo al croata, sino también al serbio, en la región Syrmium, al Este de Croacia y del Banato, del habitante de la vieja Serbia; y la íntima tensión de las relaciones entre el rumano de los antiguos principados danubianos (Valaquia y Moldavia) y el rumano de Transilvania ha de remontarse a estas premisas de orden cultural. La comunidad histórica de destinos que han producido estas afinidades, ciertamente fué también muchas veces rivalidad política, que se manifestaba en la lucha de cada una de las individualidades regionales que tendían a una administración propia y a la reivindicación de su autonomía y de sus derechos nacionales. Precisamente el sólido apoyo por parte de los ambientes "nacional-alemanes", a los privilegios de la Austria de lengua alemana frente a otras naciones, postura que el auténtico austríaco por lo demás desaprobaba, ha comprometido la serenidad de las relaciones recíprocas, especialmente con los checos. Sin embargo, jamás se llegó a considerar a estos pueblos como "enemigos", aunque se adoptasen posiciones de neta rivalidad en muchas cuestiones; y la ironía y mofa que el fino austríaco ejerce, desde tiempos inmemoriales, sobre sus vecinos va siempre acompañada de cierta *bonhomie*; pues está muy acostumbrado a una vida constantemente en común con estas naciones, cuyos numerosos representantes nunca faltaron en Viena, capital del Imperio. La circunstancia que éstos proviniesen siempre de determinados estratos sociales, que así, por ejemplo, tuviesen residencia en Viena empleados húngaros en los ministerios comunes, u oficiales del ejército común, y aristócratas atraídos a Viena por la presencia de la Corte, y en caso de los checos, sobre todo de los artesanos residentes en Viena o pequeños comerciantes (que constituyen aún hoy día un grupo de la población vienesa, dotado de amplios derechos nacionales de minoría), ha contribuido sustancialmente a determinar el juicio del austríaco sobre estas naciones. Y esto ha quedado sin variar después de la separación. Los derechos alegados por Yugoslavia sobre Carintia, la emancipación de los alemanes sudetes de Checoslovaquia (aunque los alemanes sudetes no gozan en Austria una simpatía incondicionada, en cuanto que prevalecen entre ellos los partidarios de la tendencia gran-alemana y nacional-alemana), ha provocado, naturalmente, malhumor, pero no ha podido realmente provocar un sentimiento de odio nacional o de hostilidad hereditaria. Si respecto a una nación tal sentimiento hubiese podido surgir, esta nación debería haber sido Italia, a continuación del cambio repentino de la política italiana en 1915, que llevó a la pérdida del alto Adigio y la desembocadura en el Adriático. Tales sentimientos podrían haber sido reforzados por el hecho que, mientras después de 1930 Italia representaba la garantía más segura y el apoyo principal de la voluntad austríaca de independencia, la abandonó luego de improviso, permitiendo así la ocupación hitleriana. Sin embargo, más fuerte que esta rivalidad política se

demonstró, con el paso del tiempo, la afinidad cultural y la semejanza de temperamento nacional (ya Grillparzer había hablado del “muchacho-Austria” que está entre el “niño-Italia” y el “hombre-Alemania”); tanto más aún que, precisamente entonces, el régimen hitleriano había sancionado con el derecho de opción en orden a la nacionalidad, la pérdida del Alto Adigio, y la traición respecto a la autonomía austríaca había de imputarse al régimen mussoliniano y no a la nación italiana. La moderna Italia, cuya situación política y cuyos problemas son tan análogos en muchos aspectos a las condiciones austríacas, goza actualmente en Austria de benevolencia y simpatía.

Parece oportuno, finalmente, aludir a las relaciones con una nación que realmente no se puede considerar límite, pero que reviste en la historia austríaca la importancia que tienen ordinariamente los países que colindan inmediatamente: la nación francesa. Hasta que Austria advirtió como función suya indiscutible la defensa de los intereses del Imperio y, fuerte con la dignidad imperial de la “Casa de Austria”, convirtiéndose en representante y protectora de Alemania, la lógica histórica alimentó la constante rivalidad de Francia y Austria. Las luchas de la época de Francisco I del tiempo de Richelieu y de la guerra de sucesión española, incluso la guerra de sucesión austríaca. En aquel tiempo Austria combatía por el prestigio imperial en Italia, por la línea del Rin, por las provincias de Flances. Pero desde el momento en que el nacionalismo alemán quiso expulsar de Alemania, o por lo menos privarle de su posición hegemónica dentro de una Alemania en transformación nacionalista, a la católica y universalista Austria, que entre tanto se había convertido en centro de una monarquía danubiana constituida por otras naciones (es significativo que Federico II llamaba siempre a María Teresa solamente la “reina de Hungría”), se desarrollaba un acuerdo natural entre Francia y Austria, que también las guerras napoleónicas, la política, filo-italiana de Napoleón III y la política francesa anterior a la primera guerra mundial, pudieron turbar sólo temporalmente. “Venganza por Sadowa” fué la consigna francesa, y cuando el nacionalismo alemán, en los días de Hitler quiso convencer a los austríacos que la lucha contra Francia era contra el “enemigo secular”, sólo suscitó hilaridad. Es significativo que dentro del ámbito de las relaciones culturales con el extranjero, la actividad de las instituciones culturales francesas encontró interés y eco particular en Austria.

III. *El carácter nacional.*

La unión secular con otras naciones, garantizada por un organismo estatal único, y los múltiples elementos culturales que confluieron en el centro de este Estado, la “ciudad imperial”, han conferido al carácter nacional austríaco una propiedad sustancial: la capacidad

y el deseo de comprender las particularidades fisionómicas de otros pueblos. Sentido humano pacífico, espíritu conciliador, disponibilidad y docilidad, benevolencia serena incluso hacia los extranjeros: he aquí las líneas características que de él derivan.

El anverso inevitable de la medalla es cierto escepticismo, una aversión por cualquier unilateralidad, que se expresa con el típico inciso: "No será así exactamente", que usa el austríaco frecuentemente incluso frente a cosas de las cuales se exaltan su grandeza, bondad e importancia; esto provoca una sana desconfianza hacia todas las "palabras gruesas", pero puede también, a veces, paralizar un entusiasmo justificado y sobre todo degenera en una depreciación de los propios méritos y de las propias capacidades. "Esto es típicamente austríaco" —este dicho no es en Austria expresión de una autoconciencia nacional, sino un modo de desacreditar las propias condiciones. "Cosas semejantes suceden sólo en Austria", dice muy a menudo el austríaco, a propósito de los desórdenes que ocurren también en otros lugares igualmente, si no en forma peor. La postura hipercrítica adoptada respecto a las propias obras, las pretensiones excesivas que revela el austríaco por la producción económica, espiritual y artística del propio país, son ciertamente cosas que elevan cada vez más el nivel de producción, que se admira en el extranjero, en tanto que para el austríaco no es aún "suficiente del todo"—, de todas formas no son cosas que despierten en él una sólida autoconciencia nacional. Que no intente, sin embargo, un extranjero criticar del mismo modo las condiciones y actividades austríacas. Sufriría rápidamente el efecto del espíritu e ironía austríacos. La ironía sobre sí mismo y sobre los demás es el arma preferida del austríaco, y no hay para él error mayor que "tomar algo a lo trágico", sobre todo uno mismo. Una severa autonomía informa su actitud típica; hasta es frecuente en él la expresión de homenaje hacia lo que es grande y elevado; reducida prudentemente en la forma menos ostensible y más reprimida que le permita así sortear lo más posible "palabras gruesas" y manifestarse demasiado claramente, demasiado "en alta voz", sobre cosas que efectivamente le conmueven en lo íntimo: de lo que se mantiene muy lejano. Así escribe Alexander von Viller, que en sus cartas encarna, de modo particular, la naturaleza de los austríacos y su mentalidad (mayo, 1871): "¿Qué encontrará el mundo de bello en el hombre que es tan bello para guardar?" O tal vez usted piensa que el Grossglockner puede haber dicho ayer por la mañana al Bärenkopf (dos montes de los Alpes austríacos): "Dios mío, qué espléndidos reflejos iluminaban también hoy el Villers. No hay realmente nada que supere a un consejero de legación jubilado". Nada detesta más el austríaco que las posturas descaradas y pagadas de sí mismo, que las frases vacías, que el pathos en todas sus formas, sobre todo el pathos artificioso, pero también aquél auténtico, si luego se le antoja demasiado "altisonante". Es comprensible cómo

naciones de diversa sensibilidad a este respecto (sobre todo, por ejemplo, los alemanes, generalmente conscientes de sí mismos y proclives a la palabra de afecto fácil y a la frase hecha) juzgan al austríaco incapaz de entusiasmo, ligero, inepto (él mismo dá pie a semejante juicio con su autocrítica), desposeído de seriedad (ironiza, en efecto, sobre sí y los demás) y sin carácter, y estas críticas que sobre todo se difunden en Alemania (a partir del epigrama de Schiller, que define a los austríacos como "Feaci"), son luego repetidas por todos los demás pueblos, también por aquellos que por su propia naturaleza y por su actitud espiritual están mucho más cerca de los austríacos. El contacto con otras naciones, la capacidad para penetrar el lado característico, la cordialidad hacia todos los extranjeros, eran naturalmente siempre más acentuadas en la capital, Viena, que en provincias; es decir, en las capitales de los *Länder*, "que no gozaban de una participación tan inmediata en este cambio intenso de relaciones con la cultura italiana, con los pueblos no alemanes de la monarquía danubiana y con la disposición universalista intelectual que tenía origen de todo esto. Derivó de aquí cierta divergencia, cierta tensión entre la mentalidad de estas ciudades y Viena, y de esto, con el desarrollo de los últimos años (límites de zonas, aislamiento más prolongado, etc.), el particularismo regional se ha acentuado, se oyen a veces afirmaciones que tienden a circunscribir la sensibilidad típicamente austríaca sólo a Viena. Esto es exagerado, aunque sea justificado admitir que existen sentimientos "nacional-alemanes" en Austria, tal vez representantes en las capitales de las regiones federadas más bien que en Viena. Otras propiedades del austríaco no están condicionadas tanto por el contacto con otras naciones, cuanto por el modo particular del austríaco de concebir su relación con el Estado, de acuerdo con su mentalidad universalista no-nacionalista. El Estado es para él, ante todo, una fuerza del orden, una instancia supernacional y suprapersonal, antes que organismos fuente del querer de la colectividad nacional. Así se explica una propiedad del austríaco que muchas veces llama la atención del europeo occidental o del americano, ello es su escaso interés por las instituciones democráticas, entendiéndose por democracia principalmente autoadministración. El austríaco no atribuye a la autoadministración valor alguno particular, y confía gustosamente cualquier decisión a los competentes, o en general a la "función". Exige al funcionario, sin embargo, absoluta objetividad, severo sentido de la justicia y competencia concreta, y puede ejercitar sobre tales funcionarios, ya mediante la opinión pública general, ya individualmente, una fuerte presión moral, apenas advierte que ellos hayan manifestado deficiencias al respecto. Si se quiere definir como democrática la exigencia absoluta de un trato justo e igual para cada uno, incluso para el ciudadano ínfimo, la exigencia de una objetividad perfecta y de un sentido humano comprensivo en la gestión de las

funciones, entonces el austriaco es ciertamente más democrático que los otros, que atribuyen gran importancia a las formas de la auto-administración, pero se sirven de ellas tal vez toscamente y de forma unilateral y no objetiva.

El austriaco, a este respecto, está acostumbrado, por larga tradición, a una burocracia absolutamente objetiva, imparcial y generalmente también competente que existe desde los tiempos de María Teresa y de José II, que fué reconocida también por sus adversarios políticos (como por ejemplo Henry Beyle). Y es, por consiguiente, mucho más doloroso para el austriaco que las condiciones de anormalidad del pasado más reciente y, sobre todo, el régimen alemán del período hitleriano hayan comprometido seriamente esta tradición. Es esencial para una valoración exacta del espíritu austriaco subrayar que la tendencia representada por José II llevó a cabo, desde arriba, una serie de reformas sucesivas estatales, sociales y económicas, que fueron en otras naciones provocadas por la revolución; así que, para el austriaco, el respeto de sus derechos humanos, de su libertad personal, de su libertad social y económica, era exigencia viva y difundida ya antes de la revolución francesa, desprovista de aquel pathos revolucionario a la cual estos motivos están unidos en otras partes.

Sólo lentamente se llegará a comprender cómo la tendencia reformadora de José II representaba una "Reacción a la revolución", una actuación por vía no revolucionaria, de instancias revolucionarias. Esto ha tenido, sin embargo, repercusiones no siempre lisonjeras sobre el espíritu austriaco, como por ejemplo, sobre la disposición del austriaco a confiar con demasiada seguridad en la intervención del Estado, y a atenderlo donde quiera note irregularidades: queda desilusionado más gravemente si esta intervención no ocurre u ocurre de forma totalmente no objetiva, incluso si él no ha contribuido, en absoluto, a hacer posible a la fuerza estatal esta intervención objetiva; y que hoy, precisamente, no corresponde a la normalidad de las cosas, desgraciadamente, que sea la fuerza del Estado omnipotente y objetiva; además, cada uno de estos atributos excluye al otro. Gracias a la misma disposición de ánimo está él siempre dispuesto de buen grado a escuchar la voz de la razón y a anteponer la necesidad de la paz pública y el respeto de los derechos ajenos a una violenta afirmación de sus intereses. Su paciencia política, frecuentemente escarnecida, dimana de un sentido de justicia más que de indolencia e indiferencia. Fué acción típicamente austriaca la de la primavera de 1945, cuando los trabajadores, a los que se les distribuyó víveres insuficientes y se les daba un jornal que no permitía más adquisición que las escasas raciones alimenticias, sin exigencias y sin descontento volvieron a hacer funcionar las máquinas. "Antes que funcionen las máquinas no podemos exigir nada" —este

fué el principio que les permitió obtener una producción mayor que la de los tiempos de más ganancia, con una visión clara que, sin embargo, es exquisitamente austríaca.

IV. *Contribución al patrimonio cultural humano.*

A la pregunta: ¿cuáles son los valores particulares que caracterizan al austríaco que pueda ofrecer al mundo, cuál es la contribución particular austríaca al patrimonio cultural, espiritual y moral de la humanidad?, debemos responder así: ante todo, precisamente, el espíritu austríaco. Esta mentalidad, que pone como ley fundamental de su propia actitud nacional la consideración de los derechos ajenos, que intenta ver siempre en el Estado una instancia jurídica y nunca una organización de poder, puede tener un significado ejemplar para la formación de una nueva Europa, de una nueva humanidad, incluso si el Estado, el pueblo que “vive” esta mentalidad frente a otros, es pequeño e impotente—incluso, tal vez precisamente por esto. En efecto, nadie pensará que semejante Estado, subrayando la “supernacionalidad” del propio organismo estatal, tienda a asegurarse con esto una posición de predominio sobre los demás miembros de un acuerdo internacional y a arrogarse calidades hegemónicas. Austria no puede y no quiere ser “supernacional” en este sentido, como lo fué al tiempo de la antigua monarquía danubiana—sede del poder central e intérprete de la conciencia común en un Estado supernacional que unía a muchos pueblos. (Aparte cualquier otra consideración, sería también tarea muy ingrata). Hoy un acuerdo internacional debería ser tan amplio que pudiese actuarse sólo en virtud de la adhesión voluntaria de todos sus miembros, no por la intervención de un poder político, por muy desinteresada que sea la actitud de ese poder al servicio de la causa común. Pero preceder con su ejemplo a los otros pueblos en esta vía puramente espiritual, en una vía que forzosamente se deberá recorrer si se quiere conseguir una Europa íntimamente unida a la humanidad hermanada por el respeto común de la justicia—, a esta misión es llamado el austríaco, porque su concepción estatal y su modo particular de plantearse el problema de la nacionalidad, que en período del nacionalismo imperante pareció un anacronismo, tuvo origen precisamente en aquel período en que Europa constituía efectivamente (si bien en formas diversas de las que hoy se exigen) tal unidad. Ciertamente, es noble tarea, y corresponde perfectamente a cuanto pudo Austria ofrecer en el pasado a las demás naciones, representar no el centro político, sino el centro de gravedad de todos aquellos pueblos en los cuales vive semejante conciencia universalista, que es la conciencia ínsita en los hombres para constituirse en unidad. Muchos austríacos por elección, que fueron también, además, los mejores

(como primero entre ellos, y con razón, se suele citar al príncipe Eugenio de Saboya, pero también un Alexander von Villers, nacido en Rusia de padres franceses, educado en Dresde y París, se convirtió en típico austríaco) fueron atraídos por Austria impulsados a admirarla porque descubrieron que el sentimiento universal, la inmediaticidad humana, que por encima de cualquier frontera nacional los insertaba en el mundo de los valores humanos, precisamente encontraba en Austria su plena expresión y constituía el atributo fundamental del espíritu austríaco. Si Austria pudiera aún convertirse en centro de gravedad en este sentido, haría mucho por la humanidad.

No es realmente fructífero en este punto mencionar las aportaciones particulares austríacas a la cultura. Habría que citar aquí el gran número de inventos que se deben a los austríacos; pero que en muchos casos fueron utilizados y apreciados, en su justo valor, sólo en el extranjero, y acaso aún la gran importancia de la escuela vienesa de medicina, que se remonta a los tiempos de María Teresa. Pero debemos llamar la atención sobre una sola creación cultural que el austríaco considera característica por su naturaleza y que le es particularmente innata: la música. Los grandes de la historia de la música austríaca son conocidos por todos: Mozart, Haydn, Schubert y Bruckner, y todos saben que Beethoven, aunque no era austríaco, sólo en Austria alcanzó, y podía alcanzar, la plenitud de su valor. Conocen el festival de Salzburgo (como ha demostrado una encuesta americana), quienes no conocen el nombre de la capital de Austria (en efecto, algunos de los interrogados en esta encuesta citaron a Salzburgo como capital de Austria). Pero lo esencial no consiste en las creaciones particulares más elevadas y en las personalidades de excepcional grandeza. Lo mismo puede decirse del virtuosismo musical: cantantes y virtuosos existen en todas partes, y Austria tiene aquí, sobre todo, la función de reunirlos y ofrecerles la vida musical austríaca para desarrollar su actividad. Lo que constituye el elemento esencial de la vida musical austríaca, es el hecho que en Austria domina una sensibilidad musical tan extendida y una participación tan animada en la vida de la música en todos los estratos de la población, que toda ópera grande encuentra seguramente plena y entusiasta comprensión; pero también toda creación, parcialmente lograda, halla crítica inexorable y competentísima. De aquí dimana un nivel particularmente alto en la producción, que no sólo debe alcanzarse por los criterios individuales (Austria, en general, no es patria de los solistas), sino por todo miembro del grupo, orquesta o coro. El interés general por la música posibilita la organización de grupos corales (a menudo sin emplear medios materiales, fundados solamente en la colaboración voluntaria) y de orquestas que, como han demostrado los últimos años, son admiradas en el extranjero. El elevado nivel artístico que consiguieron las eje-

cuciones de estos grupos, que fué particularmente apreciado, se puede obtener sólo en virtud de una tradición musical como la que domina en Austria secularmente. En ocasiones semejantes se ha dicho que las ejecuciones del grupo de ópera de Viena representaron la mejor embajada que pudo Austria enviar al extranjero, con el fin de conseguir comprensión de sus problemas y de la naturaleza austríaca. Y no es ciertamente un caso que entre todas las artes, procure a Austria sus más altos triunfos, precisamente la música, de la cual decían los antiguos filósofos griegos que era el arte más humano y más adecuado para inspirar valores humanos.

(Trad. de P. L. V.)